

Pigna", es decir, el énfasis en la anécdota fragmentada, ocultadora de la nueva regresión al positivismo y el maniqueísmo. El respeto por todos los personajes involucrados (aun por los Repettos, Codovillas y Galimbertis) y el no enjuiciamiento de los mismos forma parte constitutiva de la obra.

Ya destaqué el notable equilibrio entre las diferentes vertientes sociales representadas. Seguramente a algunos de la izquierda ortodoxa les gustaría excluir sectores enteros, otros remplazarían unos 50 o 100 integrantes. Las mujeres, como siempre, están sub-representadas y los estudios de género deberán esmerarse en sacar a la luz a las invisibilizadas por la historia masculinizada. Da la impresión que los autores se esforzaron bastante para poder reunir 42 nombres (es decir, alrededor de 8,4% del total), pero aun así su presencia es insuficiente.

Un acierto de esta obra consiste en no dejarse guiar demasiado por la empatía. Ya mencionamos el caso patético de Galimberti; otro caso, mencionado expresamente por Tarcus en la entrevista a "Radar", es el de Victorio Codovilla. La actuación de este discípulo de Stalin estuvo enmarcada en la delincuencia política especialmente en el período de la Guerra Civil Española. Pero aquí debemos destacar que "izquierda" no es sinónimo de ética y el propio fracaso del socialismo real es testimonio fiel de lo que estamos afirmando. Por eso que inclusive figuras nefastas como Victorio Codovilla y Rodolfo Galimberti tenían que estar en la obra.

Llegados hasta este punto podemos preguntarnos para qué sirve este **Diccionario**. ¿Será para que la izquierda nostálgica se solace con sus héroes de antaño? ¿Cómo testamento o epitafio de las izquierdas cuya última manifestación fue la confrontación guerrillera setentista? ¿Cómo neurosis clasificatoria de "todos los nombres" realizada por albaceas asépticamente cobijados en sus torres de marfil? ¿O constituye sólo un balance del pasado, una forma de exorcizar el pasado utópico antes de abocarse a la cruda realidad del presente?

El director de la obra define al **Diccionario** como una "herramienta científica" y un "lugar de la memoria". Él mismo (Tarcus)

se considera como una bisagra capaz de unir la ortodoxia del pasado con el posmodernismo del futuro. Como él mismo lo intuye, para unos será un nostálgico de la izquierda, heroica sin duda, pero perimida; y para otros un posmoderno fragmentado que perdió de vista la construcción de una sociedad socialista y por eso cataloga a todos los nombres por orden alfabético, matándolos nuevamente. Vayamos por partes.

Considero que el **Diccionario** no es una yuxtaposición de biografías aleatorias, pero tampoco una historia social de la izquierda argentina. Su realidad se encuentra en algún punto intermedio, y su virtualidad consiste en que el lector interesado puede utilizar esta obra para entender la historia social argentina del siglo XX. Considero que dependerá de la capacidad de recepción del lector, el que esta obra se convierta o no en una historia social o en un vínculo del pasado con el presente.

Constituye, sin duda, un lugar de la memoria, la irrupción de muchos (no todos) los militantes que en el pasado lucharon (en sus propios términos, diría Thompson) por un mundo mejor. Es también la "encarnación" subjetiva de la historia social, demasiado tiempo presa en la historia objetiva de estructuras o, peor aun, en las trampas ideológicas y hagiográficas de las vertientes (todas las vertientes) de la izquierda regional. No resulta lo mismo acercarse a la militancia del pasado mediante este **Diccionario**, que a través de las obras de Abad de Santillán, Jacinto Oddone, Sebastián Marotta, Rubens Iscaro o el **Esbozo de la Historia del Partido Comunista** (que Enrique Israel, secretario de Codovilla, me aseguró haber escrito personalmente). En este caso, la subjetividad de estas historias no es su debilidad, sino su fortaleza; revela las experiencias vividas por hombres y mujeres de carne y hueso y no sólo la historia oficial del partido o la secta.

Evidentemente, el "cementerio de la izquierda" no representa un proyecto socialista concreto para el futuro. Considero que sólo aporta una serie de elementos del pasado a tener en cuenta: no es ni un archivo, ni un epitafio ni un modelo o camisa de fuerza. Parafraseando a Thompson, entrar a disputar la hegemonía polí-

tica y social al neoliberalismo actual con modelos de izquierda del pasado, sería participar de una carrera con botines de plomo. Por lo demás, en América Latina existen algunos ejemplos de proyectos sociales contra-hegemónicos que, si bien no deben magnificarse, permiten alentar moderadas esperanzas. Ahora bien, la construcción de sociedades nuevas no depende sólo de proyectos o modelos nuevos, sino también de sujetos sociales emergentes con la voluntad de realizarlos, como los que han surgido entre los chiapanecas, el campo brasileño y la sociedad boliviana. En este sentido, la definición de "bisagra" para este **Diccionario** está bien. Se trata de un canal de comunicación entre la memoria personalizada de un pasado remoto y no tan remoto, y un porvenir socialista incierto pero no imposible.

Andreas L. Doeswijk

(Universidad Nacional del Comahue)

A propósito de Marina Franco y Florencia Levín (comps.), *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007, 352 pp.

Este libro es concebido por sus compiladoras como una obra colectiva, como "un todo integrado" que, basado en los aportes de diversos científicos sociales, logre aportar a la constitución de la "Historia Reciente" como un campo de estudio específico y legítimo. Este es el principal objetivo del libro y se deriva, para Franco y Levín, de las demandas y exigencias provenientes de la sociedad misma que reclama entender qué paso durante la última dictadura militar argentina, por qué y cómo fue posible, que reclama justicia, que espera la elaboración de claves para evitar repeticiones. Dar respuestas a estas exigencias sociales es, asimismo, el principal desafío que la Historia Reciente debe asumir en pos de su legitimación ya que involucra aspectos directamente relacionados con la profesión del historiador pero también cuestiones éticas y políticas que le son insoslayables.

A fin de contribuir al objetivo principal de esta obra, las compiladoras consideran necesario afrontar otro desafío, el de superar la visión de la historia como ha-

cedora monopólica de los discursos sobre el pasado ya que, por un lado, no ha sido ella quien ha elaborado las primeras aproximaciones a nuestra historia reciente sino otras disciplinas sociales y, por otro lado, porque el trabajo interdisciplinario brinda grandes y ricas posibilidades al ampliar las preguntas y las perspectivas de análisis. Es en este sentido que debemos considerar el carácter “colectivo” de la obra.

Inserto en tal contexto este libro abre una serie de puertas de acceso para el estudio del pasado reciente en general y del nuestro en particular. En sí, considera tres grandes perspectivas de análisis posibles correspondientes con cada una de las partes en que ha sido estructurada la obra. Éstas, a su vez, están compuestas por una serie de artículos que, sumidos en cada “gran tema”, asumen un camino propio: se aproximan a diversas aristas de la perspectiva que los convoca, explorando distintas posibilidades para el análisis no necesariamente coincidentes pero tampoco necesariamente contrapuestas.

Así, la primera parte de esta compilación aborda “Cuestiones conceptuales y recorridos historiográficos” de la Historia Reciente. Está compuesta por cuatro artículos elaborados por historiadores, lo cual pareciera remitir a la temática general de la sección, pues involucra, como su título bien indica aspectos vinculados directamente a la disciplina histórica. El primer artículo, perteneciente a las compiladoras de la obra Marina Franco y Florencia Levín, presenta un panorama general de las aproximaciones historiográficas sobre el pasado reciente a partir de los reparos, cuestionamientos y críticas que el ámbito académico ha presentado a sus avances y a su intencionalidad de convertirse en un campo legítimo, con especificidades y problemáticas propias. Los restantes trabajos también encaran el desarrollo de la Historia Reciente pero a partir de cuestiones conceptuales específicas. Así, el historiador italiano Enzo Traverso encara uno de los principales debates existentes en torno al pasado cercano y su posibilidad de análisis: la compleja relación entre Historia y Memoria. Y lo hace puntuando sus principales diferencias y también los aspectos que las vinculan haciendo especial hincapié en los que determinan una insos-

layable dificultad para el historiador que asuma al pasado cercano como a su objeto de estudio, en tanto involucra posiciones y decisiones éticas y políticas. Luego, Daniel Lvovich analiza comparativamente cómo diferentes sociedades europeas (la alemana, la italiana y la francesa) han procesado sus pasados traumáticos a fin de discernir especificidades pero también, y especialmente, aspectos compartidos. El objetivo último de su trabajo es comparar los resultados obtenidos con las maneras en que la sociedad argentina ha interpretado y resignificado su pasado reciente. Finalmente, Roberto Pittaluga realiza un breve recorrido historiográfico sobre las narrativas del pasado reciente en Argentina entre 1983 y 2005 a través de una temática particular: la militancia política en los años setenta.

La segunda parte del libro tiene como “tema general” los “Aspectos éticos, políticos y metodológicos vinculados a la escritura de la historia reciente”. Los dos primeros artículos que la componen abordan, de manera general, los problemas metodológicos propios de este campo de estudio. A saber, “Aportes y problemas de los testimonios en la reconstrucción del pasado reciente en la Argentina” de la historiadora Vera Carnovale y “Etnografía de los archivos de la represión en la Argentina” escrito por la antropóloga Ludmila Da Silva Catela. Cada uno de ellos trabaja sobre el acceso, uso y análisis de las fuentes orales y escritas respectivamente. Ambos señalan las potencialidades y alcances, además de los límites, que se ponen en juego al trabajar con tales fuentes, y con ello contribuyen a aclarar la usual oposición que visualiza a una como subjetiva en tanto “construida” por el historiador y a la otra como portadora de total objetividad. Por otro lado, los artículos de Hilda Sabato y de Alejandro Kaufman pueden ser agrupados en la medida en que se abocan a las cuestiones éticas y políticas que involucra el estudio de nuestro pasado reciente en particular, aunque lo hacen desde puntos de partida diferentes. Sabato, quizá polemizando con la postura asumida por Pilar Calveiro, elige posicionarse en su rol de historiadora que ha sido parte de ese pasado cercano. Por lo tanto, decide no hacer historia reciente sino opinar en “primera persona”, reflexionando

desde su experiencia personal y política. Kaufman, en cambio, se ubica “por fuera” de la práctica historiográfica y lleva a cabo, de manera bastante densa, un análisis de la desaparición, como fenómeno traumático significado en sus aspectos de singularidad e indecibilidad.

Finalmente, la tercera parte bucea en los vínculos existentes entre “Historia reciente y sociedad”, lo cual resulta consistente con el espíritu general de la obra que se funda sobre la profunda presencia de nuestro pasado en el seno de la sociedad misma. Así, los tres artículos que componen esta sección se reubican fuera del ámbito académico y de la práctica del investigador para indagar las maneras en que el pasado reciente interviene en las prácticas y discursos colectivos que se desarrollan en el presente. Es posible suponer que por esta razón los artículos que componen esta sección pertenecen a otros científicos sociales y no a historiadores. El primero de ellos pertenece a la historiadora y especialista en Educación Silvia Finocchchio, quien realiza un breve recorrido por la historia de la institución escolar y concluye que ésta aún es, a pesar de todo, transmisora de una “memoria institucionalizada” que ha anclado en tres “lugares de la memoria” (un libro, una plaza y una película) que dificultan la aprehensión, para el análisis y reflexión, de otras alternativas posibles. Luego, el antropólogo Sergio Visacovsky a través del análisis etnográfico y de un caso de estudio específico, el servicio de psiquiatría conocido como “el Lanús”, demuestra cómo los actores sociales procesan sus experiencias en una temporalidad diferente a la asumida por la historiografía, aunque no por ello estas “concepciones profanas” quedan excluidas del análisis histórico. Por el contrario, pueden y deben ser concebidas como aristas complementarias de éste. Finalmente, la socióloga Elizabeth Jelin analiza el carácter conflictivo y la imposibilidad de cerrar o suturar el pasado a partir de abordar un caso particular, el alemán, utilizado luego como parámetro de comparación con el objetivo de vislumbrar cómo se fueron constituyendo y reconfigurando las memorias sobre el pasado reciente en los países del Cono Sur y especialmente en Argentina.

Posiblemente, el principal aporte de esta obra sea el de concebir la amplitud de enfoques y miradas en su potencialidad misma en tanto la asume como positiva y deseable para el desarrollo de las investigaciones sobre el pasado reciente. Consistente con los desafíos propuestos, este libro logra definir una serie de caminos para abordar la historia reciente en general y la nuestra en particular, no sólo al señalar por dónde es factible avanzar en las investigaciones sino también al poner de manifiesto de qué maneras es posible hacerlo. En efecto, brinda herramientas conceptuales, alerta sobre los recaudos metodológicos y teóricos que es necesario tener en cuenta y nos provee de una serie de marcos interpretativos para su abordaje. Además, ofrece “pistas” que permiten vislumbrar otros posibles temas de investigación como el estudio comparativo de diversas experiencias dictatoriales, especialmente de las latinoamericanas o el análisis de las políticas de estado respecto a la transmisión de la memoria colectiva y al reclamo de justicia frente a las violaciones a los derechos humanos.

Considero, en suma, que se trata efectivamente de una “obra colectiva” que apuesta al trabajo interdisciplinario y a la constitución progresiva de la Historia Reciente como campo de estudio legítimo y específico. Vale aclarar que sostener la pérdida del carácter monopolístico de la historia como hacedora de los discursos sobre el pasado no implica, de ninguna manera, que los historiadores no puedan y no deban abordarlo. En ese sentido, el libro posee el equilibrio justo entre los aportes de los profesionales de la historia y los pertenecientes a los de otras disciplinas. Impecable en su estructura y en sus fundamentos, e independientemente del análisis que se pueda hacer sobre cada uno de los artículos que la componen, esta obra abre las mencionadas “puertas de acceso”, que por supuesto no son las únicas, a la interpretación del pasado cercano sosteniendo como principio implícito un abordaje crítico y reflexivo dirigido a “seguir haciendo” Historia Reciente y a no estancarse en visiones totalizantes, definitivas y sordas.

Jacqueline Bisquert
(UNGS)

A propósito de Federico Lorenz, *Los zapatos de Carlito*, Buenos Aires, Norma, 2006, 300 pp.

Hace ya tres décadas del desarrollo de uno de los más intensos debates acerca de la historia, cuyas consecuencias teóricas y prácticas fueron desarrolladas en los años siguientes. Ellas fueron, entre otras: un retorno a la narración histórica; el desarrollo de la —llamada con ironía—, corriente “culturalista” del marxismo británico; el debate de E.P. Thompson con los althusserianos; el debate general entre “teoría” e “historia”; la renovación de los métodos mediante la atención a la microhistoria y la oralidad; el reclamo por la reinserción de la perspectiva política de los actores y el inicio de nuevas búsquedas de acercamiento a su subjetividad. En nuestro país no fueron pocos los historiadores seducidos por la forma de trabajo y por la perspectiva “desde abajo” que había desarrollado Daniel James a comienzos de los noventa. Aunque todo esto para muchos fuera la comprobación de la caída del paradigma de que “lo material era la última instancia” explicativa de lo social, en otros no había un desdén por la estructura, sino una búsqueda de respuestas a nuevas preguntas que la propia estructura parecía rehuir. Sin embargo, paradójicamente, ha existido una relación inversa entre el conocimiento de los términos del debate y los trabajos de historia contruidos desde la perspectiva de estas novedades. *Los zapatos de Carlito*, por el contrario, se instala en el centro de algunos de estos debates acerca de la historia popular.

A mediados de la década de 1970, el caso de las luchas de los obreros navales de Tigre se había extendido por las filas de la guerrilla peronista. Cualquier militante de las agrupaciones de superficie de la organización conocía que la dirección de los astilleros Astarsa estaba en manos de compañeros de la Juventud Trabajadora Peronista y que era uno de los más proclamados logros sindicales de la política montonera.

Las características de la relación entre las organizaciones revolucionarias armadas y la clase obrera está todavía poco estudiada. Recientemente, algunos trabajos han analizado las políticas sindicales de la iz-

quierda marxista y peronista en la primera mitad de los setenta, fijando su atención en los sucesos de mediados de 1975 en el contexto del estallido social, consecuencia del plan económico conocido como el “Rodrigazo”. No solo era la primera vez que el movimiento obrero enfrentaba con un paro a un gobierno peronista, sino que en aquellas jornadas la tradicional verticalidad del movimiento sindical pareció ceder frente al desarrollo de lazos horizontales de carácter político y regional a partir de las llamadas “Coordinadoras”.

Pero la historia que relata “Los zapatos de Carlito”, aunque se desarrolla en este contexto, tiene una mirada radicalmente diferente pues intenta “narrar la experiencia” de un grupo de personas concretas, utilizando el recurso de la oralidad para explicar acciones y razones de un sujeto colectivo, específico, en un tiempo determinado. Construido sobre la base de entrevistas orales —individuales y colectivas— a miembros de la agrupación de obreros navales de los astilleros Astarsa y Mestrina, el autor explica las luchas gremiales y políticas de los obreros de esa rama industrial de la zona norte del Gran Buenos Aires. Los resultados abren una serie de variables poco conocidas en los análisis de la relación entre un núcleo de la clase obrera con una organización político-militar de la época.

Muchas veces el problema de la historia oral no consiste en la calidad del testimonio, en lo que nos dice nuestro entrevistado, sino en lo que “leemos” en la entrevista. Ello depende de cuál búsqueda, y de cuáles preguntas se formulen los historiadores en esa búsqueda. Porque en la lectura de la oralidad —tanto como de cualquier documento— interviene la subjetividad de los historiadores, las convicciones y las ideas de hombres y mujeres concretos, hijos de su tiempo, sin ciencia que sirva para conjurar esas determinadas coordenadas. O sea, que la subjetividad, la mirada, la perspectiva que se toma, modela la forma en la que ordenamos nuestros datos y la explicación que damos a la secuencia así construida. Lo que la correcta lectura de la oralidad ha aportado esencialmente a la historia es el posible acercamiento a la subjetividad, a los imaginarios y las identidades sociales, al mundo de la resistencia popular.